
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS: MATRIMONIO CRISTIANO

Lección 2: La Unión en el Matrimonio

8 LECCIONES

PONENTE: Robert D. McCurley, M. Div.



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto John Knox de Educación Superior

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina-Valera de la Biblia.

Vista nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Reverendo Robert McCurley es el ministro del Evangelio en la Iglesia Presbiteriana de Greenville, en Greenville, S.C., EE.UU., una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada). www.freechurchcontinuing.org.

Módulo

MATRIMONIO CRISTIANO

8 LECCIONES

ROBERT D. McCURLEY, M. Div.

1. Prioridades en un Matrimonio Cristiano
- 2. La Unión en el Matrimonio**
3. La Cabeza de la Mujer
4. Siervo y Pastor
5. Esposas Piadosas (I)
6. Esposas Piadosas (II)
7. Comunicación
8. Las Finanzas y las Relaciones Físicas

Lección 2

LA UNIÓN EN EL MATRIMONIO

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 2

Si visitas un puerto en el mar, y bajas a los muelles, encontrarás barcos y otras grandes embarcaciones atadas. Si te fijas bien, descubrirás que los barcos están anclados a los muelles con grandes cuerdas cuidadosamente tejidas. Las fibras de la cuerda están fuertemente trenzadas para darles mayor fuerza, pero si se desenredan las cuerdas y se atara una sola cuerda al barco, esta sería débil. Se rompería cuando el viento y las olas comiencen a separar al barco del muelle. El matrimonio bíblico es como una cuerda bien trenzada. Cuando un esposo y una esposa están atados a Cristo y luego entrelazados en unidad bíblica, el matrimonio es fuerte. Pero cuando comienza a desenredarse, se vuelve frágil e incapaz de soportar las presiones de la vida.

¿Qué amenaza la unidad en el matrimonio? ¿Cómo se manifiesta una desunión? ¿De qué nos dice Dios que nos cuidemos? ¿Cómo protegemos un matrimonio piadoso de influencias dañinas? ¿Cómo podemos restaurar la unidad cuando ha sido socavada o debilitada? ¿Y qué vínculo ha provisto Dios específicamente para la preservación del matrimonio bíblico? En la primera lección, establecimos a partir de las Escrituras que Dios define la unidad como una prioridad principal en un matrimonio bíblico. En esta lección, veremos cómo se puede mantener esta unidad en medio de todos los obstáculos que amenazan con romper la unidad en el matrimonio.

Consideraremos tres cosas: en primer lugar, la amenaza del pecado. Todo matrimonio, incluso un matrimonio bíblico, consiste en dos pecadores: un esposo pecador y una esposa pecadora. La mayor lucha del creyente está relacionado con la guerra contra el pecado. Pablo lo dice claramente en Romanos 7:14 en adelante. Ahora, esto es cierto en la vida en general, por lo que, no debería sorprendernos que el pecado también sea la raíz de todos los potenciales problemas en el matrimonio. La Biblia dice que las ofensas vendrán siempre que haya dos pecadores involucrados. Santiago escribe: “Porque todos ofendemos en muchas cosas”, en el capítulo 3, verso 2. Y en el siguiente capítulo dice: “¿De dónde vienen las guerras y las contiendas entre vosotros? ¿No vienen de aquí, de vuestros deseos por los deleites, los cuales combaten en vuestros miembros?”

Dos de los principales pecados que amenazan la unidad y la búsqueda del amor son el egoísmo, que básicamente dice: “yo primero”, y el orgullo que dice: “yo soy el mejor”. El creyente no puede elevarse a sí mismo y a su deseo sin causar daño él o ella a su matrimonio. Además, la raíz del problema al ofenderse por las acciones del otro, a menudo proviene de haber buscado en el lugar equivocado nuestra fuente principal de gozo. Deseamos obtener lo que queremos, en lugar de encontrar gozo en Cristo mismo. Ya hablamos de esto en la primera lección. El pecado ocasiona

conflictos personales, incluyendo la ruptura de la relación matrimonial. Cuando esos conflictos no se previenen, deben resolverse. Pero antes de abordar la resolución de conflictos, debemos recordar que la motivación para resolverlos bíblicamente no puede ser egoísta. En otras palabras, podemos estar motivados a resolver un conflicto sólo por nuestro deseo de paz personal, o tal vez para conseguir algo que queremos. Así que tenemos que estar en guardia contra esto y hacer lo correcto por las razones correctas, es decir, buscando la gloria de Dios, y el bien de nuestro cónyuge.

Esto nos lleva a la resolución bíblica de conflictos. En la primera lección, nos centramos en cómo cultivar la unidad. Ahora estamos abordando cómo reparar la unidad cuando se ha roto, y eso requiere que pensemos específicamente en cómo resolver los conflictos que surgen dentro del matrimonio. En primer lugar, absolutamente todas las discusiones o desacuerdos deben resolverse bíblicamente para mantener la unidad. La tentación es barrer los problemas bajo la alfombra, pero eso nunca está permitido. Son esos tipos de conflictos no resueltos y postergados los que se acumulan con el tiempo y destruyen los matrimonios. Así que, si en lugar de barrer la habitación y tirarlo a la basura, lo barres debajo de la alfombra, y lo haces de nuevo al día siguiente, y al siguiente... eventualmente terminarás con una montaña bajo la alfombra. Muchos matrimonios enfrentan este mismo problema donde han tenido meses, tal vez años, de simplemente poner las cosas bajo la alfombra sin jamás resolver bíblicamente los conflictos que han surgido.

Pues bien, esto requiere varios compromisos bíblicos de parte de cada creyente. Resolver los conflictos bíblicamente implica, en primer lugar, la necesidad de decirle a tu cónyuge lo que has hecho antes, durante y tal vez después de una discusión que fue pecaminosa o hiriente para ti. Esto es lo que dice Jesús en Mateo 18:15: “Por tanto, si tu hermano pecare contra ti, ve y redargúyelo entre tú y él a solas; si te oyere, has ganado a tu hermano”. Por tanto, aquí está el principio de ser abiertos, cultivar la confianza expresando francamente las cosas que el cónyuge ha hecho y que son pecaminosas contra nosotros. Pero, en segundo lugar, tenemos que admitir ante nuestro cónyuge nuestra propia ofensa y nuestro propio pecado, idealmente incluso antes de que nos lo digan, si es posible. Piensa en las palabras de Jesús en Mateo 5:23-24: “Por tanto, si trajeres tu ofrenda al altar, y allí te acordares de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda”. Así que, si sabemos que hemos hecho o dicho algo pecaminoso, debemos tomar la iniciativa de reconocerlo delante de nuestro cónyuge. En fin, ambas cosas requieren humildad. En 1ª de Pedro 5:5-6, leemos: “Todos sujetos unos a otros, revestíos de humildad, porque: Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os ensalce a su tiempo”. Así que la humildad es necesaria. Otra cosa que se requiere es la abnegación. Y también necesitamos tener un mayor compromiso con un matrimonio piadoso que con nuestros propios sentimientos y derechos.

Bien, todo esto siempre debe terminar no sólo confesando el pecado, sino también concediendo perdón bíblico al otro. Si un cónyuge señala el hecho de que su esposo o esposa ha pecado contra él, o si un cónyuge toma la iniciativa y reconoce ese pecado antes de tiempo, eso es sólo el primer paso. Debe haber un seguimiento que lleve al perdón. Eso significa prometer enterrar el asunto, y no sacar a relucir el pecado perdonado ante los demás. También significa no recordar ese pecado a tu cónyuge, o revivir la ofensa, incluso en tus pensamientos. Esta es la forma en que la Biblia define el perdón.

El perdón, como veremos, incluye el compromiso de olvidar. Debemos perdonar de la misma manera que Dios perdona. Efesios 4:32, dice: “Perdonándoos los unos a los otros, como también Dios os perdonó en Cristo”. Nos perdonamos los unos a los otros de la misma manera que Dios perdona a Su pueblo en Cristo; y Dios perdona olvidando, digámoslo así. Sabemos que Dios es omnisciente, lo sabe todo, pero fíjate en el lenguaje de las Escrituras. En muchos lugares a través de los profetas y los salmos, dice que Él echa los pecados del creyente tras Sus espaldas, que los arroja en las profundidades del mar, que los aleja de ellos, tan lejos como está el oriente del occidente, y no se acordará más de ellos. Bueno, hay muchos otros ejemplos con ese mismo concepto. Dios está apartando el pecado de en frente de Su rostro, por decirlo así. Él no guarda ese pecado. Él está enterrando el asunto del pecado, y esto es lo que Dios llama a Su pueblo a hacer en relación con los demás.

De modo que, en el contexto de un matrimonio en el que uno de los cónyuges ha pecado contra el otro, o ambos han pecado el uno contra el otro, cuando hay un acuerdo de perdonarse, realmente es una promesa de olvidar, una promesa de enterrar el asunto que ha surgido. Así que, si piensas en el panorama general de tratar una ofensa pecaminosa, tienes dos partes. Por un lado, está el receptor de la ofensa, es decir, la persona contra la que se ha pecado, y como vimos en Mateo 18, hay un proceso a seguir: debes ir y decirle a tu hermano, a tu marido o a tu mujer, cómo ha pecado contra ti. Pero la Biblia también nos da la actitud con la que hay que seguir el proceso. Gálatas 6:1, dice: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado”. Así que, tenemos a la persona contra la que se ha pecado, por un lado. Pero luego, por otro lado, tenemos al perpetrador de la ofensa; tenemos al que está pecando, que ha pecado contra el otro, y vimos nuevamente el proceso a seguir en Mateo 5. Si te das cuenta de que has pecado contra tu hermano, debes dejar tu ofrenda en el altar e ir a reconciliarte con tu hermano. Pero, la Biblia también nos dice con qué actitud debemos hacer esto en 1ª de Pedro 5:5, donde se nos dice que debe haber humildad, como señalamos antes, una humillación de nosotros mismos al reconocer nuestra maldad. Entonces, si pensamos en términos generales, lo que debería ocurrir es que cuando hay un conflicto entre un esposo y una esposa que produce una desunión, tanto la persona que ha pecado como la persona contra la que se ha pecado deberían correr de regreso el uno al otro para encontrarse, como se dice, en el medio. Se encontrarán, por así decir, mientras regresan el uno al otro para resolver el conflicto que ha surgido.

Debemos pensar en los modelos de reconciliación que el Señor nos ha dado en las Escrituras. Así que, en primer lugar, si puedes pasar por alto una ofensa con amor, entonces deberías hacerlo. No es necesario abordar todo lo que es ofensivo. Por eso, 1ª de Pedro 4:8 dice: “Y sobre todo, tened entre vosotros ferviente amor, porque el amor cubrirá multitud de pecados”. ¿Qué significa esto? Significa que cuanto más ames a tu cónyuge, serás capaz de soportarlo más fácilmente con paciencia. Hay muchas situaciones en las que una ofensa pasajera y menor debería ser cubierta simplemente con amor. Pero en segundo lugar, si la ofensa es de tal naturaleza que no puedes pasarla por alto, que quizás lo has intentado, pero no puedes sacarla de tu mente y sigues lidiando con tus emociones, entonces debes confrontar cuidadosamente a tu cónyuge con su pecado, como vimos en Mateo 18:15. En tercer lugar, la persona que está siendo confrontada debe recibir humildemente la amonestación y, si lo que se dice es verdad, entonces debe arrepentirse por ello, y reconciliarse con su cónyuge.

En segundo lugar, en esta lección, tenemos que pensar en servir a Cristo en unidad como coherederos; eso describe a un esposo y una esposa piadosos. En 1ª de Pedro 3:7 leemos que los dos esposos son “coherederos de la gracia de la vida”. Ahora, ¿qué implica servir a Cristo como coherederos? Bueno, en primer lugar, el esposo debe conocer y entender a su esposa. Ese mismo pasaje en 1ª de Pedro 3:7 dice: “[Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente], dando honor a la mujer como a vaso más frágil”. Un esposo sabio aprenderá a conocer a su esposa y a conocerla lo suficientemente bien como para servirse de ella plenamente como ayuda idónea, para poder aprovechar su consejo y su perspicacia, sus dones y habilidades.

Esto implica saber lo que significa que ella sea un vaso más frágil y cuidarla como corresponde. Significa comprender sus limitaciones y sensibilidades físicas, emocionales y espirituales. Un marido piadoso se dedicará a honrarla, como vimos en 1ª de Pedro 3:7 y como se ve, por ejemplo, en Proverbios 31:28. Esto implica apoyarla, alentarla e incluso defenderla y alabarla en público y en privado. Incluye que el marido la aprecie no haciendo nada impropio, lo cual es un atributo del amor como se define en 1ª de Corintios 13:5. Al acudir al Antiguo Testamento, descubrimos que la tarea del marido es alegrar a su esposa, Deuteronomio 24:5, donde el Señor dice que un hombre en el Israel del Antiguo Testamento, ese primer año de matrimonio, se dedicaría principalmente a alegrar a su esposa. Eso significa concentrarse en ser sensible a sus muchas necesidades.

Por otro lado, la esposa debe respetar y honrar a su marido. Eso se repite al menos tres veces en Efesios 5:22, y en lo que sigue. Una esposa sabia fortalecerá, defenderá y ayudará a su marido, incluso en sus áreas de debilidad. Piensa en Abigail en el Antiguo Testamento en 1º de Samuel 25. Aunque Abigail es un ejemplo imperfecto, es un buen ejemplo en este sentido. La prudencia coronará la toma de decisiones de una esposa piadosa, como dice Proverbios 19:14. También conocerá y cumplirá los deseos de su marido, según sus posibilidades. Fíjense en el ejemplo que da Pedro en 1ª de Pedro 3, donde se destaca especialmente el ejemplo de Sara en su relación con Abraham. Asimismo, Pablo habla de esto en Tito 2:5. Además, una esposa virtuosa es laboriosa y productiva para su marido. El principal ejemplo de esto se encuentra en Proverbios 31, y ella lo honrará acudiendo a él para recibir instrucción espiritual, consejo y ayuda. En 1ª de Corintios 14:35, Pablo les dice a los corintios que las mujeres deben guardar silencio en la iglesia, que sí las esposas tienen preguntas, deben preguntarles a sus esposos en casa.

Entonces, como veremos más en la próxima lección, el esposo debe dar supervisión espiritual e instrucción a su esposa, y la esposa debe buscar eso de él. Una mujer piadosa honrará a su marido ayudándole a criar amorosamente a sus hijos en los caminos del Señor. Hay muchos ejemplos de esto tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Ella podrá incluso extender el ministerio de su familia para enseñar a otras damas a hacer lo mismo. En Tito 2, Pablo instruye a las mujeres mayores para que enseñen a las más jóvenes a ser esposas y madres piadosas.

Ser coherederos de la gracia de la vida significa cultivar armonía. Podemos preguntarnos ¿cuáles son nuestras fortalezas y debilidades complementarias? Esto requiere cierta reflexión. Por ejemplo, espiritualmente: “¿Cómo nos complementamos mutuamente en nuestras fortalezas y debilidades?” “¿Cuáles son tus pecados individuales con los que luchas especialmente, o las gracias con las que brillas de manera especial?” “¿Cuáles son los dones espirituales que el Señor te ha dado?”; ¿Cómo encajan las diferencias entre el marido y la mujer en estas áreas? También puedes pensar en cómo se complementan el uno al otro en sus fortalezas y debilidades emocionales: los niveles de emoción, la

frecuencia de las distintas emociones. Lo mismo puede decirse con respecto al estado físico, la salud, la fuerza, los niveles de energía, la capacidad de realizar diversas actividades. Habrá fortalezas y debilidades complementarias con respecto a sus intereses, ya sea en formación académica o intereses recreativos, etcétera. Tienes que pensar en la relación que tienen entre dones y habilidades, o incluso en la relación que tienen en términos de diferencias de personalidad, diferencias de temperamentos. Algunas personas se orientan hacia las tareas; otras se orientan hacia las personas, y hay muchas otras características que pertenecen a la personalidad de un individuo. ¿Cómo trabajan estas dos personas juntas para utilizar sus fortalezas al servicio del Señor Jesucristo?

En tercer lugar, en esta lección, debemos pensar en el vínculo de la unidad; y el vínculo bíblico de la unidad son los votos. Dios ha provisto la ordenanza de los votos para la preservación de la relación matrimonial. Un voto es una promesa solemne en la presencia de Dios, y sirve como un vínculo adicional que une al esposo y a la esposa. Esto refleja el hecho, o los votos reflejan el hecho de que el matrimonio es una relación de pacto. La Biblia utiliza la terminología “la mujer de tu pacto” en Malaquías 2:14. Por ejemplo, es pecaminoso que un creyente se case con un incrédulo, que se una en yugo desigual con un incrédulo, como dice Pablo en 2ª de Corintios 6:14. Estar en yugo desigual es una imagen bíblica de estar atado o ligado a otro por un pacto. Imagínate a dos animales, que tienen un yugo que va sobre el cuello de ambos, y con ese yugo ambos tiran del arnés para mover un carro, un arado o algo similar. Esta es una imagen bíblica de estar atado a otro por un pacto. La descripción del matrimonio al principio de la Biblia fue: “se unirá a su mujer, y serán una sola carne”, Génesis 2:24. Ahora bien, si Dios convierte a un cónyuge después de haberse casado, y se encuentra en esa circunstancia casado con un incrédulo, debe procurar hacer lo mejor que pueda por continuar en esa relación, cosa que Pablo deja claro en 1ª de Corintios 7. Todo esto está respaldado por el hecho de que Dios es, en última instancia, quien une a un esposo y a una esposa en matrimonio. El Señor dice en Mateo 19:6: “Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre”.

Pues bien, ya que los votos son una parte importante de la unidad que Dios ha establecido para una relación matrimonial, tenemos que hacer un par de preguntas. En primer lugar, ¿quién está involucrado en la realización de los votos? Y, esto es importante porque los votos matrimoniales son, ante todo, para Dios mismo. Deuteronomio 23:21 dice: “Cuando prometieres voto a Jehová tu Dios, no tardarás en pagarlo, porque ciertamente lo demandará Jehová tu Dios de ti, y habría en ti pecado”. Pero, en segundo lugar, tu voto también es, por supuesto, una promesa a otro. Por eso, un marido puede referirse a su mujer como esposa de pacto (Malaquías 2). Los asistentes a una boda, por ejemplo, tienen la responsabilidad de servir como testigos de los votos que se realizan. Con su asistencia a una boda, en realidad, se están comprometiendo tanto a ser testigos como a hacerte cumplir tus promesas. Hay muchos ejemplos de esto en el Antiguo Testamento. Piensa en Josué 24:22, donde Josué pide testigos para los votos que Israel hacía ante Dios. Bien, esto subraya el hecho de que hacer votos es un asunto serio.

Te animo a que mires el comienzo de Eclesiastés capítulo 5. Allí aprendemos varias cosas. En primer lugar, que no debes hacer votos de forma rápida o precipitada. Eclesiastés 5:2 dice: “No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios, porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras”. El verso 2 de ese mismo capítulo refuerza el hecho de no debes hacerlos sin pensar. Debes ser reflexivo y consciente de lo que estás diciendo en tus votos. Una vez que se hace un voto lícito, ya no hay vuelta atrás, por mucho que te arrepientas. Si te fijas en el verso 4 de Eclesiastés 5, lo verás. También cantamos sobre esto en los

Salmos. Piensa en el Salmo 76:11, o en el Salmo 15 y el final del versículo 4, donde se dice que un hombre piadoso aun jurando en daño suyo, no por eso cambia. Eso significa que es mejor no jurar que jurar y no cumplir. De nuevo en Eclesiastés 5:5: “Mejor es que no prometas, que prometas y no cumplas”. ¿Ves la provisión misericordiosa que Dios ha dado al matrimonio en la ordenanza de los votos matrimoniales? Se trata de un vínculo adicional, si se quiere decir así, que une al marido y a la mujer en la presencia y el temor de Dios. Es un instrumento para la preservación de esa relación.

Dios no sólo prescribe la unidad para un matrimonio bíblico, sino que también proporciona todas las instrucciones que necesitamos para preservar esa unidad. El pecado, como hemos visto, amenaza con romperla. Pero el evangelio de la gracia nos enseña acerca del arrepentimiento, y el perdón en Cristo Jesús. Te animo a que repases tus notas y busques los pasajes de la Escritura a los que nos hemos referido junto con tu cónyuge. Conversen acerca de los casos particulares de su relación en los que estos principios deberían haberse aplicado, y de otros casos en los que, tal vez, se aplicaron con éxito. Identifiquen las áreas específicas que necesitan ser cambiadas. Formulen un plan concreto de cómo van a aplicar estos principios bíblicos a los aspectos específicos de su propia situación. Por ejemplo, si hay un cúmulo de conflictos que no se han resuelto bíblicamente en el pasado, hay que empezar a tratarlos. Y, por supuesto, debes bañar todo tu estudio y todas tus conversaciones con mucha oración. Sabemos que: “Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican” (Salmos 127:1). En la siguiente lección, nos centraremos en lo que la Biblia enseña sobre el papel y las responsabilidades de un esposo bíblico.